

1. Introducción

Se suele afirmar que en contextos de crisis social y, sobre todo, económica, los extremismos adquieren una gran capacidad para proliferar. En el ámbito de la política, por ejemplo, los partidos de ultraderecha suelen cosechar sus mejores resultados en épocas de crisis, al aprovechar en su beneficio el clima de inseguridad y de miedo existente en la población para subir al poder mediante un hábil discurso lleno de demagogia, culpables y promesas.

En tal contexto ascendió al poder, en su día, el partido de Adolf Hitler. Hoy, ochenta años después y con pleno conocimiento de lo que acarreó atribuir el poder al NSDAP, parece imposible que la historia se repita. Las diferencias históricas son contundentes. Las relaciones internacionales se han institucionalizado mediante organismos como la ONU o la UE, cuya instauración y consolidación es, sin duda, el gran éxito político del pasado siglo XX. Existe un clima de confianza en la autoridad de estas instituciones en cuanto al mantenimiento de las buenas relaciones diplomáticas y, sobre todo, en el fomento y respeto de los Derechos Humanos y del modelo democrático de los países occidentales. Imaginar un hipotético ascenso al poder de una figura antidemocrática, xenófoba y proclive al exterminio de las minorías parece totalmente fuera de lugar.

Aun así, el ascenso de Hitler fue la consecuencia de un cúmulo de circunstancias que su partido aprovechó para tomar el poder. Dicho cúmulo de circunstancias encontró su auge, principalmente, en el *crack* de 1929. Esto nos lleva a preguntarnos si una crisis económica como la actual, de efectos incluso mayores que la de 1929, puede traer consigo, aparte de las penurias económicas que están soportando millones de familias, un gobierno de extrema derecha o, incluso, neonazi.

En 2012, el partido neonazi griego Amanecer Dorado experimentó un sorprendente ascenso electoral que le otorgó 18 escaños en el Parlamento heleno. Grecia fue el país de la UE que sufrió con mayor gravedad y celeridad las consecuencias de la crisis que generó la caída de *Lehman Brothers* a finales de 2007, y Amanecer Dorado ha aprovechado el desconcierto político y social en su país. Por otro lado, en el resto de la UE se ha producido un importante avance electoral de la extrema derecha, culminado en el triunfo de partidos como el FN (Francia) y el UKIP (Reino Unido) en las elecciones europeas del 25 de mayo de 2014.

Dado el repunte electoral neonazi acaecido en Grecia, el país de la eurozona más afectado por la crisis, y el sorprendente avance electoral de la ultraderecha en los comicios europeos de países como Francia o Reino Unido, este trabajo intentará analizar las causas y características que han servido de caldo de cultivo para el avance político de la ultraderecha en el seno de la UE, ya sea en forma de partido abiertamente violento (como en Grecia) o no violento (por ejemplo, Francia). Para ello, será necesario establecer las características principales de esos dos ámbitos de estudio: (1) Grecia, que ha sufrido el rescate económico de la *troika* y la entrada de los neonazis en el Parlamento; y (2) Francia, como ejemplo de país donde la extrema derecha ha ganado en las elecciones europeas, tras un vertiginoso aumento de votos con respecto a elecciones anteriores.

Previamente, se estudiarán los principales contenidos de la propaganda de ultraderecha (nacionalismo, xenofobia, etc.), puestos en relación con la teoría del chivo expiatorio de René Girard. Dicha teoría será complementada con los trabajos sobre las identidades predatorias y asesinas promulgados por Arjun Appadurai y Amin Maalouf, respectivamente. El objetivo principal de esta vía es identificar en qué medida la propaganda de ultraderecha explota la estigmatización de un chivo expiatorio en Grecia y Francia, y a qué grupo minoritario en concreto están utilizando estos partidos como cabeza de turco en sus respectivas sociedades.

Una vez definidas las características básicas de la ideología de ultraderecha, y localizados los puntos comunes entre los dos casos de estudio, se intentará establecer en qué medida la ultraderecha se está aprovechando de dichos puntos comunes, o tiene el potencial de hacerlo. Asimismo, se buscarán propuestas sobre cómo hacer frente a la expansión de la propaganda xenófoba y excluyente de estos partidos en un contexto ejemplar de integración, como es la UE.

2. Características básicas de la ultraderecha

La extrema derecha de Marine Le Pen se diferencia de los neonazis griegos en un aspecto más formal que de contenidos. Los neonazis no se adaptan al sistema y presumen de ello; son intimidantes e incluso violentos contra colectivos específicos¹. Por su parte, partidos como el FN han sabido moderar su imagen y adaptar mejor su discurso al sistema democrático. No obstante, la propaganda de ambos tipos de partidos ultracervadores se fundamenta en los mismos puntos básicos, que giran en torno a la exaltación del nacionalismo (recuperación de determinados valores tradicionales, perdidos por un sistema débil) y a la señalización de un chivo expiatorio (muy influida por la intolerancia y la xenofobia)², que ya existía previamente en la sociedad. Asimismo, suelen concentrarse en captar el voto de protesta, para lo cual les viene bien cualquier contexto de recesión o crisis.

En dicho contexto de crisis, los partidos de extrema derecha buscan convertir al cabeza de turco en enemigo de la población al culparle de la criminalidad, del paro, de la crisis económica o de cualquier otro mal que la ciudadanía sufra en ese momento. El chivo expiatorio más común es la inmigración, minoría fácilmente distinguible en la población, aunque también puede escogerse a minorías de diferente credo religioso o tendencia sexual, por ejemplo. Además, la extrema derecha demuestra una excelente intuición a la hora de sacar el máximo rendimiento a los medios de comunicación para difundir su mensaje³.

2.1. Populismo y nacionalismo

El populismo presenta varias características comunes por parte de las formaciones de ultraderecha y neonazis. Entre ellas, destaca el uso de una retórica difusora de miedo entre la ciudadanía (focalizada contra el chivo expiatorio escogido) y descontento hacia el sistema, así como la exaltación del patriotismo. Este último se suele presentar aderezado con la reivindicación de valores tradicionales, supuestamente olvidados.

La ultraderecha se caracteriza por un discurso simplista, cargado de populismo, que explota los principales problemas del país para beneficiarse del miedo y de la inseguridad del ciudadano, así como de su descontento con los partidos tradicionales. Este discurso suele presentar el sistema de Gobierno como inadecuado u obsoleto, incluso si se trata de una democracia⁴. Además, el populismo de ultraderecha necesita explotar a un grupo minoritario como chivo expiatorio hasta el punto de fomentar, en ocasiones, la persecución sistemá-

¹ Ver Ibarra (2014:29-30).

² Larsson (2011:45) atribuye a los grupos de extrema derecha antidemocrática de Escandinavia estos ingredientes: islamofobia (como reflejo del odio a una minoría étnica, principalmente en su condición de inmigrante; en este caso es la minoría musulmana, pero en otros casos se trata de racismo o antisemitismo); amenaza contra la cultura autóctona (que nunca se llega a definir con exactitud); criminalidad (puesta en relación directa con la inmigración) y democracia (tachada de dictadura encubierta y de germen último de los males de la sociedad).

³ En una línea similar, Fernández García y Rodríguez Jiménez (2001:66-71) exponen las siguientes causas de ascenso de la extrema derecha: (1) aumento de la xenofobia, (2) voto de protesta, (3) éxito del discurso del miedo y (4) una amplia gama de votantes.

⁴ Ver Castells 2009:391.

tica de dicho grupo⁵. Todo ello está dedicado a obtener el alcance más heterogéneo posible de potenciales votantes⁶; por ello, el populismo hace también uso del nacionalismo.

El nacionalismo es un concepto recurrente para los discursos populistas porque el sentimiento de pertenencia a la nación es, posiblemente, uno de los más básicos dentro de las distintas identidades que puede adoptar una sociedad. La identidad nacional es, además, altamente integradora y a la vez excluyente: engloba dentro de un mismo todo a ciudadanos de todas las clases por el mero hecho de haber nacido en el mismo país y, a la vez, les diferencia de los ciudadanos de otros países, a pesar de que haya grupos sociales de distintas naciones que compartan características culturales o lingüísticas. Creado sobre conceptos supuestamente históricos⁷, el nacionalismo guarda relación con la búsqueda del chivo expiatorio, del otro al que derrotar dentro de la rivalidad mimética, que expondremos abajo. Según Karl Deutsch, una nación es “un grupo de personas unidas por un error compartido sobre su ascendencia y un desagrado compartido hacia sus vecinos”⁸. Ese nacionalismo puede tornarse violento e incluso genocida⁹.

Se podría pensar que, tras la creación y progresiva consolidación de una organización supranacional como la UE, el populismo nacionalista debía quedar obsoleto, al menos en cuanto a política exterior se refiere. Sin embargo, la crisis económica y política de la UE lo ha revitalizado. En el contexto europeo actual, la ultraderecha usa el nacionalismo para argumentar que la UE ha “invadido” la soberanía del país en cuestión. Este es el discurso de Marine Le Pen en Francia o Nigel Farage en el Reino Unido; ambos obtuvieron resultados sorprendentes en las elecciones al PE de 2014.

El nacionalismo suele estar dotado de una fuerte simbología, que pretende rescatar valores tradicionales o históricos de la cultura local para legitimar el sentimiento de pertenencia a la nación y otorgarle un valor histórico. El uso de las siglas SPQR por parte de Mussolini o la esvástica por parte de Hitler son ejemplos de ello. Los neonazis de Amanecer Dorado usan el tradicional meandro griego, de fisonomía similar a la esvástica. La reinterpretación de estos signos permite a los nacionalistas asociar su movimiento a unos presuntos orígenes “incontaminados” de influencias externas posteriores¹⁰.

Del mismo modo, los nacionalismos presentan un firme sentimiento identitario que es excluyente del que se considera enemigo, normalmente el vecino. López Facal destaca lo absurdo de esta rivalidad en muchos casos: donde una persona neutral no encontraría diferencia alguna entre unos y otros, “el que está sobre el terreno es capaz de percibir clarísimamente el aspecto simiesco, o el acento bastardo, o la religión demoníaca que justifican el exterminio de un vecino indigno de pertenecer a la misma patria del asesino exterminador”¹¹. Esta conducta diferenciadora y con tendencia a la violencia se debe a la rivalidad mimética estudiada por René Girard en las sociedades, rivalidad que suele llevar a la búsqueda continua del chivo expiatorio.

⁵ Esta estrategia depende, en gran medida, de la indiferencia de la gente hacia fenómenos que subestiman (por ejemplo, el racismo), hasta que es demasiado tarde para revertir la tendencia persecutoria.

⁶ Fernández García, Rodríguez Jiménez (2001:70-71).

⁷ López Facal (2013) ofrece abundantes ejemplos sobre la construcción del marco teórico de los diversos nacionalismos europeos a partir del siglo XIX.

⁸ López Facal 2013:56.

⁹ “El genocidio hunde sus raíces en esa resurrección del nacionalismo agresivo que tuvo lugar en muchos países desde finales del siglo XIX” (Adorno 1998:80).

¹⁰ López Facal 2013:177-178.

¹¹ López Facal 2013:201.